

RECUERDOS BASCONGADOS



LOS ANTIGUOS PARTIDOS DE PELOTA

Vienen á nuestra memoria recuerdos íntimos, historias y sucesos de un pasado que, contados por quienes, con la sonrisa en los labios y una satisfacción alejada de pesadumbres, pronosticaban «¡¡aquellos tiempos!!!» daba mayor interés á la relación y despertaba nuestra curiosidad con el sello bien definido de toda una vida de paz y bendiciones

Eran fechas memorables en que los juegos públicos provocaban el síntoma de las relaciones en los pueblos, y que, como en la antigua Grecia y según observa Pastorel, «hicieron más frecuentes las relaciones entre los pueblos que compartían los mismos placeres y las mismas fiestas.»

Ta raza bascongada hacía patentes sus sentimientos y su vitalidad, y no solo se hallaba simbolizada en el «Laurak-bat», sino que, transpasando el Pirineo, se extendía á la región basco-francesa.

El juego de pelota tenía sus rivalidades, sus envidias, sus pasiones, pero tampoco se desdeñaban sus victorias, sus triunfos, sus goces, más sinceros é íntimos quizá. Entonces respiraba nobleza, estaba en carácter con el pueblo euskalduna, y en sus intimidades era un reto, un desafío entre los dos bandos, en que Bizcaya, Guipúzcoa (y rara vez Álaba) hacían de «azules» y la región basco-francesa formaba la partida contraria.

No había más premio que la honra y el honor, que no se cotizaban á ningún precio, porque nadie había que osara pronunciar el «tongo» de nuestros adelantos; tampoco las miles de pesetas se vociferaban en aquellos frontones, y en cambio las «onzas de oro», en nú-

mero bien limitado, era el pago material á las fatigas de un gran peloteo.

Ni los 30, ni los 40, ni 50 tantos tenían aplicación para un partido á blé con pelotas de más ó menos vivacidad; era la pelota «bomba», á los 12 juegos y el partido á rebote, los que predominaban.

Aquel momento solemne en que se oía repetir: «¡quinze nada, Jaunak!» y luego «¡treinta nada, jaunak!» para que después de lanzada sucesivamente y por todo lo alto la pelota, desde un extremo a otro de la plaza, un delantero, enfilándose y al derrote de la pelota viera sorprendida su habilidad con un quite de su rasa, que oportuno y magistral hacia exclamar con general aplauso al voceador: «¡Raya emanda jaunak!» era más práctico y simbólico del viril juego de la pelota, diversión entonces exenta de retóricas, pero con una prosa llena de verdad, que era la que entonces privaba.

Se jugaba un gran partido á rebote entre «españoles» por un lado, y los «franceses» por el bando contrario, en la época á que pretendo hacer referencia; y aunque los momios no tenían «entrada», sin embargo, sugestionado el amor propio por una y otra parte, estimulaba las apuestas.

Un partido se jugó en la vecina nación; fue muy reñido y competido, presenciandolo numeroso público; se igualaron repetidas veces en el tanteo, originando nuevos juegos en las partidas parciales; y por fin aunque los «restos» y «contra-restos» demostraron sus potentes brazos, un hábil sacador de industrial pueblo de Guipúzcoa decidió la contienda, dando verdaderos saques que hacían «piques» y las «rayas» consiguientes, triunfando por fin los españoles.

Repetimos que entonces se jugaba con fé, y por tanto, vencidos como vencedores no podían disimular ese encono de la lucha, que aunque sin remordimientos como en los buenos bascongados, era efecto del verdadero estado de ánimo.

En la posada del pueblo, y ya anochecido, festejaban su triunfo en fraternal banquete los vencedores «españoles», mientras quizás escondidos y ocultos por la derrota eran «invisibles» los vencidos; pero en esa «lucha» había quien podía estrechar lazos íntimos entre los unos y los otros, ese eslabon era el canto bascongado, la música divina, que uno de los vencidos, con la cabeza descubierta y penetrando en la estancia ó comedor de la hospedería, cantó con voz clara y sonora entonando el saludo más respetuoso que pudiera soñar el poeta; el

«Agur, jaunak, agur, agur,
Agur... agur...

Es el mismo cántico que el inolvidable escritor Peña y Goñi (Q. E. P. D.) acompañó en el piano al barítono donostiarra Tabuyo, recibiendo atronadores aplausos en los salones de la Asociación de la Prensa en Madrid, y el mismo canto que en el país basco-francés confundió en íntimo y fraternal cariño á «vencidos y vencedores».: á los buenos «euskaldunas».

RAST.

Bilbao y Marzo del 97

ARCHIVO MUNICIPAL DE IRÚN

UNA VISITA DEL DUQUE DE CIUDAD REAL A LA UNIVERSIDAD DE IRÚN

(29 de Septiembre de 1635)

Las continuas guerras entre España y Francia y el punto avanzado que ocupaba la Universidad de Irún en la frontera española, hacían que sus habitantes se hallasen siempre arma al brazo, prestando las atenciones ordinarias de rondas y guardias continuas, vigilando los parajes donde se podía realizar el paso del enemigo y causando, á su vez, alarmas é inquietudes en los pueblos de la frontera francesa, que invadían alguna que otra noche, prevalidos del conocimiento que tenían de los puntos en que era vadeable la ría que separa ambas naciones.

Su situación fronteriza les obligaba á tomar precauciones extremas, tales como el fabricar la iglesia parroquial con troneras que sirviesen para defender el paso de la ría por aquel punto, el poner centinelas que cuidasen de evitar sorpresas, el encerrar de noche todo el ganado en el Campo Santo que estaba pegante á la iglesia, para que no pudie-